

Equilibrios humanitarios y crisis de poder en Siria

ALEJANDRA GÓMEZ*

2

* Estudiante de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Javeriana Cali.
Correo electrónico: magomez28@javerianacali.edu.co.

Resumen

Siria es un microcosmos de las confrontaciones geopolíticas actuales. La crisis humanitaria que ha dado lugar la lucha entre el régimen de Bashar Al-Assad y el Ejército Libre Sirio ha llamado la atención de la comunidad internacional. No obstante, los intereses geopolíticos en juego en Siria han hecho que se margine la creciente violación a los derechos humanos y se imponga la lógica de la injerencia de potencias extranjeras, con el peligro del recrudecimiento de la guerra.

Este *paper* analiza la convergencia de los intereses subnacionales de los grupos enfrentados en Siria con los Estados que intervienen en la región y el impacto que esto tiene en la prolongación de la crisis humanitaria. El estudio se hace a partir de los equilibrios de poder en Medio Oriente, asumiendo una postura crítica frente a la manera en la cual las intervenciones humanitarias enmascaran los intereses por establecer hegemonía regional y global de países como Estados Unidos, Rusia, Irán, Líbano, Turquía, Qatar y Arabia Saudita.

Palabras clave: Siria, conflicto armado, Medio Oriente, equilibrios de poder, hegemonía.

Introducción

El conflicto armado sirio se ha presentado como uno de los más despiadados de la historia contemporánea por la creciente crisis humanitaria que ha desatado. El enfrentamiento entre el régimen de Bashar Al-Assad, grupos opositores moderados como el Ejército Libre Sirio, así como grupos islamistas y yidahistas representados por el Estado Islámico, han configurado un país fragmentado, en donde la población se encuentra expuesta a situaciones que vulneran sus derechos humanos. Según indicadores de la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados (UNHCR, por su sigla en inglés), la violencia no solo ha devastado al país al provocar más de 400 mil muertes, sino que también ha generado la mayor crisis de refugiados desde la Segunda Guerra Mundial tras el éxodo de casi 4.6 millones de sirios que se vieron obligados a desplazarse a países vecinos. Esta problemática territorial hace que la guerra de Siria se traslade por fuera de sus fronteras y se internacionalice el conflicto (United Nations Refugee Agency [UNHCR], 2017).

Ante las graves y sistemáticas violaciones al Derecho Internacional Humanitario, la Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía de los Estados (CIISE) de las Naciones Unidas ha invocado al concepto de *Responsabilidad de Proteger*. Esta es una medida de seguridad internacional que le confiere al Estado la *responsabilidad* primordial de proteger a la población que se encuentra en los territorios bajo su jurisdicción. Sin embargo, en casos en los cuales el Estado no resguarde a sus ciudadanos por ausencia de voluntad o de capacidad, como en el caso de Siria, la comunidad internacional debe asumir la responsabilidad de protegerlos por la necesidad de intervención humanitaria (International Commission on Intervention and State Sovereignty [ICISS], 2001).

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas es el encargado de mantener la paz y la seguridad en el panorama internacional; además, el único organismo que autoriza el uso de la fuerza en casos de conflictos que atenten gravemente contra los derechos humanos y demanden la implementación de la Responsabilidad de Proteger. Como ya se sabe, está compuesto por quince miembros, en donde solo cinco de ellos tienen carácter permanente y están facultados para participar y ejercer el derecho de veto durante las deliberaciones. Así pues, la legalidad de la Responsabilidad de Proteger, en cuanto a su manifestación armada se refiere, se encuentra condicionada por la regla general de unanimidad y por el derecho de veto de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad (ICISS, 2001). El 4 de febrero de 2012 se presentó, ante el Consejo de Seguridad, un proyecto de resolución que respaldaba un plan de la Liga de los Estados Árabes, para responder a la catástrofe

humanitaria en Siria por los efectos de la guerra. En el proyecto, se le exigía expresamente al líder de Estado Bashar Al-Assad que pusiese fin a la violencia contra la población civil y retirara sus fuerzas armadas. Trece de los miembros aprobaron el proyecto, pero China y Rusia ejercieron su derecho de veto, alegando que el conflicto sirio era una cuestión interna que no afectaba la paz y la seguridad internacional. Su oposición impidió que se aprobara la resolución y se adoptaran medidas coercitivas ante el enfrentamiento (Lastra, 2016). Esta misma situación tuvo lugar en 2014 y 2015, cuando Rusia y China vetaron el proyecto de resolución de la ONU, para imponer sanciones al Gobierno de Al-Assad por ataques con armas químicas.

La pasividad de los organismos internacionales competentes evidencia que no existe un consenso humanitario sobre la cuestión de Siria y que, por el contrario, su abordaje se encuentra perturbado por disputas geoestratégicas, tanto económicas como políticas, de potencias regionales y extra-regionales (Lastra, 2016). Por consiguiente, a pesar de que los Estados aceptan comprometerse con la comunidad internacional en cuestiones de paz y seguridad mundial, no todos las perciben de la misma manera y, ante todo, buscan proteger sus intereses nacionales y su soberanía.

18

La internacionalización del conflicto, las grandes reservas de recursos energéticos y la posición geoestratégica de Siria al tener salida al mediterráneo y fronteras con Turquía, el Líbano, Israel, Irán, Irak y Jordania, la convierten en la ruta idónea para el tránsito de infraestructuras energéticas y en fuente de poder y de rivalidades (Ghotme, Garzón, & Cifuentes, 2015). En este conflicto, se evidencian expresiones de poderes locales, regionales y globales que han llevado a que los Estados personifiquen sus intereses económicos y políticos en ayuda diplomática y material a alguno de los bandos enfrentados en la guerra, mientras convierten a Siria en el tablero geoestratégico para establecer hegemonía en Medio Oriente. Precisamente, la presente ponencia analiza la convergencia de los intereses subnacionales de los grupos enfrentados en Siria con los de las potencias que actúan en la zona, para evidenciar que cada Estado tiene motivos realistas que los lleva a realizar intervenciones humanitarias para pacificar el conflicto.

Articulación de intereses subnacionales e internacionales

Lo que comenzó como una revuelta pacífica en Siria por demandas democráticas contra el régimen de Bashar Al-Assad en 2011, se transformó en una despiadada guerra civil con más de siete años de duración. Esta disputa entre las fuerzas leales del líder de Estado y las fuerzas rebeldes, han configurado un conflicto de carácter sectario que ha arrastrado

a potencias regionales y extra regionales. La injerencia de cada uno de dichos Estados, en favor de alguna de las dos facciones, refleja una serie de alianzas e intereses contrapuestos en torno al papel de Siria en el equilibrio de poder que existe en Medio Oriente (Ghotme & Ripoll, 2014). Por lo tanto, el tablero geopolítico vislumbra el choque de dos preferencias entre los actores involucrados: el apoyo al Gobierno sirio o a una transición política que incluya al presidente Al-Assad y la búsqueda de un nuevo régimen.

Los intereses de Al-Assad se direccionan a mantener la supervivencia del Gobierno. Pretende evitar una posible transformación social que afecte el *statu quo* del país, asegurar las posiciones de poder adquiridas por tradición y dar protección a la minoría chiita y otras minorías que apoyan al Estado (Ghotme et al., 2015). Su permanencia se encuentra respaldada por la alianza del eje chiita entre Irán, Siria y el Líbano y por potencias como Rusia y China. Estos países han apoyado a Al-Assad en diversas instancias internacionales, con suministro de armas y con ayuda militar en el terreno de guerra. De hecho, en el caso con China, la potencia asiática le ha brindado ayuda diplomática y económica. Justifican sus intervenciones a través de un discurso *estatocéntrico* o de soberanista que defiende las medidas realizadas por el Gobierno sirio y que se opone a los proyectos de intervención militar por países que apoyan a los grupos rebeldes (Ghotme, 2014).

Si bien es cierto que la alianza entre Irán, Siria y Hezbollah –milicia del Líbano– constituyen el bloque chiita con contenido religioso, sus intereses se perfilan hacia un juego geoestratégico. Tienen aspiraciones económicas para la construcción de un gasoducto en Medio Oriente que transporte gas natural a través de un conducto de 6000 kilómetros que cruzaría por Irán, Irak, Siria y el Líbano, hasta llegar a territorio europeo bajo el mar Mediterráneo (Ghotme et al., 2015). Además, Siria es un pasillo para el suministro de armas y recursos de Irán a Hezbollah. tampoco puede olvidarse que el conflicto sirio ha enfatizado las tensiones entre la República Islámica de Irán y Arabia Saudita en su búsqueda por posicionarse como los líderes legítimos del islam (Gutiérrez, 2015). Por lo tanto, la caída de alguna de las partes que conforma al eje chiita, en especial el régimen de Damasco representaría la pérdida de un aliado crucial para contener los intereses de Israel y los Estados sunitas (Arabia Saudita, Turquía y Qatar), los cuales también planean construir un gasoducto que cubra el mercado europeo.

Por su parte, la obstinación de Rusia para sostener al régimen de Bashar Al-Assad no solo es resultado de la cercanía entre los dos países desde la época soviética, sino también por sus pretensiones geoestratégicas en la costa mediterránea. Siria es un importante cliente de armas rusas y es un Estado clave que provee al Kremlin con la única base militar en

el Mediterráneo oriental (Bagdonas, 2012). A su vez, la crisis sectaria que atraviesa la región entre chiismo y sunismo ha sido aprovechada por Rusia para reintegrarse como potencia con aspiraciones hegemónica. Su retorno ha significado una reorganización de las alianzas, donde el Gobierno ruso ha optado por apoyar a los chiitas para expandir su influencia en la región, mientras que Estados Unidos ha respaldado al eje sunita (Ghotme & Ripoll, 2014).

Para Rusia, Siria es una pieza fundamental que le permite vigilar los movimientos norteamericanos en la zona y sostener el vínculo que posee con Irán. Los dos países tienen intereses en el comercio de armas, la energía nuclear y la explotación y la venta de hidrocarburos (Pérez, 2016). Por ello, se puede sostener que la defensa emprendida por Putin en favor del régimen sirio, se circunscribe en una dinámica de política exterior en el Medio Oriente que pretende reposicionar a Rusia como una potencia de alcance global. China, al igual que Rusia, “busca controlar zonas de influencia relevantes que afectan su seguridad y la de sus aliados, preservar la posición de poder adquirido, mantener cierto nivel de prestigio, controlar los recursos energéticos, el dominio de sus rutas y los contratos comerciales” (Ghotme & Ripoll, 2014, p. 53). Esto pone de relieve que China tiene como objetivo permanecer en su posición de mayor proveedor de productos importados -como el petróleo- en Siria, así como mantener la supremacía del régimen de Al-Assad para proteger el eje geopolítico chiita y, de esta manera, contrarrestar el expansionismo estadounidense (Wong, 2012).

Ahora bien, las organizaciones militares que desafían el poder estatal del régimen de Bashar Al-Assad son una expresión de los reclamos ciudadanos desatados a partir de los movimientos sociales de la Primavera Árabe y la continua represión militar emprendida por el propio gobierno contra la población civil. Entre ellos se encuentran los rebeldes seculares moderados como el Ejército Libre Sirio y la Coalición Nacional Siria, conformados por un conjunto heterogéneo de opositores sunitas; grupos kurdos que intentan recuperar la autonomía de sus territorios ancestrales; junto con opositores extremistas como el Estado Islámico (Shmite, Pérez, & Nin, 2017). Estados Unidos y países vecinos sunitas como Arabia Saudita, Qatar y Turquía han optado por respaldar a los opositores moderados que buscan instaurar una democracia pluralista en Siria. Esto, para responder a sus propósitos geopolíticos en Medio Oriente, contener las acciones radicales del Estado Islámico y hacer frente a la sistemática violencia que ejerce el Gobierno sirio sobre sus ciudadanos.

El eje sunita apoya los intereses subnacionales del Ejército Libre Sirio y de la Coalición Nacional Siria a través de la oposición al régimen de Al-Assad. Si bien es cierto que su

apoyo descansa, en buena medida, en su afinidad y sentido de hermandad con la población sunita en Siria que ha sido víctima directa de los efectos de la guerra; no es menos cierto que también lo hacen para debilitar la amenaza que representa el eje chiita para sus intereses en la región, como la construcción de un gasoducto que circule desde el golfo Pérsico hasta Europa central, pasando por territorio sirio (Ghotme et al., 2015). En este sentido, la guerra civil en Siria es una oportunidad para que se instaure un nuevo gobierno proclive a las pretensiones de Arabia Saudita, Qatar y Turquía, el cual les permita asumir un rol protagónico en Medio Oriente como potencias regionales.

Estados Unidos no es la excepción a la regla, pues tanto la seguridad como la estabilidad regional son elementos que han motivado su intervención –directa o indirecta–, en función de los grupos opositores moderados. Su agenda regional se concentra en la protección de intereses vitales o estratégicos como la garantía del flujo energético, la lucha antiterrorista, así como en evitar el uso de armas químicas o de destrucción masiva (Tovar, 2014). Entre sus asuntos más apremiantes se encuentra la “cuestión iraní”, es decir, en presionar a Irán para que deshaga su programa nuclear que podría llegar a propagar la guerra civil de Siria por toda la región y afectar a sus países aliados como Turquía, Jordania e Israel (Ghotme & Ripoll, 2014).

Asimismo, Estados Unidos busca contrarrestar el eje Rusia-Irán-Siria que se ha presentado como un obstáculo, para contener el poderío chino y ruso en Asia o Europa Oriental y abrirle paso a la expansión de la hegemonía norteamericana en Oriente Medio. De hecho, el interés primordial de Estados Unidos consiste en el libre flujo de recursos energéticos. En caso de no lograr tal propósito, sus medidas se direccionan a procurar que ningún país asuma su rol de potencia hegemónica para garantizar este flujo de energía (Ghotme & Ripoll, 2014).

Intervenciones en Siria

Como se ha mencionado, la ausencia de una hegemonía clara y absoluta en Medio Oriente, así como la confrontación de intereses ideológicos, religiosos y geopolíticos de los países involucrados, han convertido a Siria en el área pivote, es decir, en la pieza clave para controlar la región. Su importancia geoestratégica radica en su ubicación en la orilla del Mediterráneo, factor que la hace una ruta idónea para el transporte de recursos energéticos. De igual manera, el conflicto entre el presidente Bashar Al-Assad y los grupos insurgentes representa una prioridad para la agenda política de Turquía, Jordania, Irak, Israel y el Líbano, porque las fronteras territoriales que comparten con Siria los hace susceptibles

a los efectos de la guerra. Situación que podría llegar a afectar la paz de estos países y desestabilizar los balances de poder en la región.

Tal divergencia de objetivos entre países regionales y extrarregionales en torno al conflicto sirio, ha hecho que los Estados acudan a tres tipos de equilibrios para contener una potencial hegemonía en Medio Oriente. El primero es el equilibrio *duro o clásico*, en donde los Estados incrementan sus capacidades de poder material y establecen alianzas entre sí. El segundo se conoce como el equilibrio *suave o diplomático*, según el cual los Estados forman alianzas tácitas o formales, reconocidas por ser, esencialmente, ententes de seguridad temporales o limitadas. En esta forma de equilibrio también se encuentra la cooperación con instituciones internacionales. Finalmente, está el equilibrio *asimétrico*, correspondiente a estrategias que emplean los Estados para contener amenazas directas o indirectas de actores no estatales como las organizaciones “terroristas”. (Paul, 2004).

Dentro del equilibrio suave se refleja la diplomacia multilateral que ha sido uno de los mecanismos utilizados por las potencias para intervenir en la guerra civil siria. Se destacan las dos conferencias de Paz denominadas como Ginebra I y Ginebra II, convocadas por Estados Unidos, Rusia, China, Reino Unido, Francia y otros países clave. Con las dos convenciones, se pretendía acercar a los bandos en disputa; sin embargo, la cuestión de la permanencia o no en el poder de Bashar Al-Assad impidió que se pudiera llegar a algún resultado práctico. (Álvarez, Ayala, Palacio, & Sartorius, 2015).

En la misma dinámica, algunos miembros del Consejo de Seguridad de la ONU han invocado al concepto de Responsabilidad de Proteger ante la crisis humanitaria en Siria. En octubre de 2011, se hizo el primer intento en el que se emitió una resolución sancionatoria contra el Gobierno sirio; en febrero y julio de 2012, se efectuaron otros dos intentos, y el último de ellos fue en agosto de 2013, tras el supuesto uso de armas químicas por parte de Al-Assad contra la población civil. Dichas propuestas sancionatorias estuvieron respaldadas por Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y otros países occidentales y árabes, pero fueron rechazadas por la falta de consenso de Rusia y China que son miembros permanentes del Consejo. (Swaine & Blair, 2013).

Estos escenarios vislumbran el choque de preferencias entre los Estados involucrados, que van desde amenazas de sanciones, cambio de régimen e intervenciones militares, hasta apoyo a una transición política que incluya a Bashar Al-Assad. De hecho, la defensa de la soberanía del Gobierno sirio a través de los cuatro vetos en el Consejo de Seguridad, pone de relieve la política exterior de “no intervención” en Siria que están implementando

Rusia y China (Ghotme, 2014). Con esta política se evidencian las aspiraciones de las dos potencias para preservar una idea de “orden” en el sistema internacional, opuesta a la política expansionista estadounidense en Medio Oriente, más que a la indiscriminada violación de los derechos humanos en Siria.

Paralelamente al respaldo diplomático, Rusia le ha impartido al régimen de Al-Assad formación militar a sus oficiales sirios y gran parte de su material bélico. El suministro incluye municiones, aviones de entrenamiento militar, sistema de defensa aérea y armas antitanques. Junto con ello, se incluye financiación en tecnología para la construcción de ferrocarriles y para la producción de alta tecnología nuclear (Ghotme & Ripoll, 2014). La dependencia de Siria hacia la industria de defensa rusa es casi total y se ha sobredimensionado a la luz del conflicto armado interno.

Este contexto de guerra le ha permitido a Moscú adquirir una presencia activa en cuestiones político-militares y obtener ventajas comerciales y económicas. En palabras de Pérez, “Rusia ha consolidado su posición mundial de gran jugador estratégico, y ha obtenido unas ventajas político-diplomáticas que le permiten ejecutar una política exterior dictada por el carácter instrumental de sus propios intereses” (Pérez, 2016, p. 139). En este sentido, el pragmatismo de su política exterior es lo que le ha permitido defender sus intereses geopolíticos en la región al servicio de su seguridad nacional.

El otro vértice del triángulo es Irán, quien ha sido un actor fundamental para la estabilidad política, económica y militar del Gobierno sirio. La Guardia Revolucionaria de Irán ha proporcionado entrenamiento y ayuda logística para los ejércitos de Al Assad. Su apoyo se ha reflejado en el suministro de inteligencia, comunicaciones, envío de municiones y asesoría en seguridad para la manipulación de armamento (Sibai, 2013). No obstante, el respaldo de Irán a Siria se encuentra directamente relacionado con sus pretensiones hegemónicas en Medio Oriente. Aunque se ha visto limitado por las sanciones impuestas por Estados Unidos contra su programa nuclear, busca salvaguardar su posición estratégica con una política de equilibrio, gracias a la alianza con el Gobierno sirio, con Rusia y con el favor de China.

Por su parte, la articulación de los intereses subnacionales de los grupos opositores moderados con los intereses de potencias regionales como Arabia Saudita, Turquía y Qatar, y de potencias extrarregionales como Estados Unidos, ha servido como contrapeso para las aspiraciones hegemónicas de los Estados que respaldan al líder de Estado Bashar Al-Assad. El apoyo a la Coalición Nacional Siria y al Ejército Libre Sirio, mediante

mecanismos diplomáticos y apoyos económicos y militares, les permite acercarse a sus aspiraciones geopolíticas en la región.

Arabia Saudita ha asumido un rol protagónico dentro del bloque sunita, al posicionarse como la encargada de la canalización de apoyo a los rebeldes seculares que se oponen al régimen sirio. Para derrocar a Bashar Al-Assad ha impulsado su política a través de medidas diplomáticas y militares. Diplomáticamente, por medio de la Liga Árabe, que representa un instrumento de poder que le permite configurar una coalición sólida para poder llegar a realizar una intervención internacional en función de sus intereses nacionales. Y, militarmente, a través de la creación del Frente Islámico Sirio, el cual se ha convertido en un actor relevante en el conflicto. Lo ha respaldado con mecanismos unilaterales como una cuantiosa ayuda financiera y logística (Ghotme et al., 2015).

La política exterior saudí se orienta a contener la expansión de la influencia chiita para poder asegurar el flujo y el precio del petróleo, evitar transiciones abruptas, promover su riqueza, disminuir el riesgo de inversión extranjera a largo plazo, así como conciliar su política petrolera con los intereses de Estados Unidos. Para posicionarse como una potencia regional, ha optado por oponerse al Gobierno sirio y entablar alianzas con Turquía, Qatar y Estados Unidos. Además, ha recurrido a un discurso panislamista en defensa de los valores y la vida de los musulmanes sunitas en Siria para justificar su injerencia en el conflicto (Ghotme et al., 2015).

Los intereses de Qatar y Turquía coinciden con los de Arabia Saudita, al pretender posicionarse como unos Estados con grandes capacidades de liderazgo en Medio Oriente. Qatar tiene aspiraciones de convertirse en una futura potencia diplomática en el golfo Pérsico, mientras Turquía es el tercer actor geopolítico que busca establecer una hegemonía regional. Para ello, han prestado apoyo material a los rebeldes sirios afiliados a la Hermandad Musulmana, en especial a la Coalición Nacional Siria, a través de la provisión de una base logística en la frontera con Turquía para el transporte de armas (“Syria opposition opens...”, 2013). Los intereses del Gobierno turco se relacionan con la seguridad de su territorio ante los problemas limítrofes con Siria; la progresión de las fuerzas kurdas y de grupos yidahistas como el Estado Islámico; y la neutralización de la expansión iraní para consolidarse como líder regional (Ersoy, 2012).

Ahora bien, Estados Unidos ha recurrido a diversas estrategias para mantenerse como el poder dominante a nivel internacional. Para ello, ha buscado influenciar en la economía mundial y, en las relaciones diplomáticas, ha implementado un sistema de alianzas;

además, hace presencia militar en diversas zonas con valor geoestratégico. Sin embargo, su poder se encuentra en un declive relativo, al punto de que ya no puede considerarse como el gran hegemón en Medio Oriente. En este orden de ideas, los acontecimientos de la guerra civil en Siria han sido un factor decisivo para la reconfiguración de la política exterior estadounidense. Su decisión de no favorecer en ningún caso al Gobierno de Damasco y apoyar a los grupos opositores moderados como el Ejército Libre Sirio, hace parte de una política exterior destinada a sostener y expandir su influencia en la región como resultado de sus capacidades en descenso (Ghotme, 2014).

Teniendo presente que las medidas multilaterales como las convenciones de Ginebra y el Consejo de Seguridad de la ONU no tuvieron efectos sobre la Guerra en Siria, Estados Unidos optó por implementar una serie de medidas unilaterales. Obama, en febrero de 2012, anunció la suspensión de sus relaciones diplomáticas con Damasco y respaldó el envío de ayuda no letal a los grupos rebeldes. Se incluían alimentos, equipos de comunicaciones y suministros médicos. Paralelamente, ha recurrido a una estrategia de intervención indirecta en donde actúa a través de su fuerza aérea o sus aliados locales, sin involucrar tropas directamente en el terreno de juego (Ghotme & Ripoll, 2014).

El repertorio que ha tenido Estados Unidos en Medio Oriente permite sostener que la creciente inestabilidad regional y el choque de intereses geopolíticos en torno al papel de Siria, han sido elementos fundamentales para el retorno de una política exterior realista estadounidense. Si bien sigue latente el discurso liberal en el cual se defiende la democracia y los derechos humanos ante la crisis humanitaria que está atravesando Siria, se pueden reconocer las pretensiones del país norteamericano para transformar los balances de poder regionales, de acuerdo con sus intereses nacionales.

A todo lo anterior se suman los ejercicios de facciones armadas extremistas como el Estado Islámico que complejizan mucho más el entramado de relaciones políticas entre potencias regionales y extrarregionales. Sus intervenciones a través de la apropiación territorial, la ocupación de bases militares y el control de recursos naturales como el gas y el petróleo han causado terror y dilemas de seguridad en la comunidad internacional (Shmite et al., 2017). Esta situación pone en jaque las políticas exteriores de los países involucrados en el conflicto sirio, pues les impone nuevos retos y cálculos estratégicos para mantener sus posiciones en Medio Oriente y proteger a sus propios Estados.

Teniendo presente la forma como cada potencia se comporta en torno a la guerra civil siria y los intereses geoestratégicos de sus políticas exteriores, es evidente que las

acciones emprendidas por cada Estado se encuentran motivadas por la política del equilibrio de poder. Retomando a Waltz (2000), “las hegemonías producen respuestas contrahegemónicas y, al mismo tiempo, se enfrentan de manera cíclica a los efectos de la sobre-expansión imperial” (p. 19). Esto indica que los Estados interactúan dentro del sistema internacional, según sus posiciones relativas de poder, con el objetivo de evitar que un solo Estado adquiriera la supremacía suficiente como para establecer una hegemonía regional o mundial.

La injerencia de los terceros Estados para pacificar el conflicto sirio se direcciona a partir de motivos realistas y no por la creciente crisis humanitaria desatada por la disputa entre el Gobierno sirio y los grupos opositores. Sus intereses circulan en la búsqueda por aumentar sus capacidades de poder en Medio Oriente y prevenir que las potencias rivales expandan su influencia en la región. Por lo tanto, esta multiplicidad de actores se ha traducido en una multiplicidad de conflictos que tienen el efecto directo del recrudecimiento de la guerra civil en Siria.

Conclusión

En la guerra civil siria se puede apreciar el entrecruzamiento de tres conflictos diferentes. El primero es el levantamiento popular contra la dictadura del régimen de Bashar Al-Assad por la sistemática violación a los derechos humanos que ha ejercido contra su población civil. El segundo se trata de la batalla sectaria entre chiíes y suníes, caracterizada por ser un enfrentamiento regional de décadas entre unos grupos dirigidos por Irán y otros por Arabia Saudita. Finalmente, se encuentra el renacimiento de la disputa geopolítica de la Guerra Fría: Rusia y China versus Occidente.

Los bloques de poder que se han establecido en torno a los dos bandos que se enfrentan en el conflicto, reflejan los motivos realistas de cada Estado para la perpetuación de sus intereses en Siria. Tanto los Estados chiitas y sunitas como las potencias extrarregionales tienen políticas exteriores con pretensiones hegemónicas que sitúan a Siria como la pieza clave del tablero geoestratégico que se ha configurado en Medio Oriente. Sus acciones tienen el efecto de mantener el precario equilibrio de poder regional, pero también de estancar la guerra civil y el futuro de los ciudadanos sirios.

Por ello, las acciones desiguales de las potencias regionales y de la comunidad internacional; la falta de acuerdos en el Consejo de Seguridad; y, la conveniencia de preservar un

gobierno autoritario en una zona estratégica, son factores que influyen de manera directa en la prolongación de la crisis humanitaria en Siria. La instrumentalización del derecho internacional y del conflicto armado sirio para mantener los equilibrios de poder o para consolidar una hegemonía en Medio Oriente, ha conducido al desplazamiento masivo de la población local, junto con sus redes de articulación social y productiva, a países vecinos. Esta situación ha transformado a los refugiados sirios en un nuevo tipo de ciudadanos excluidos, sin una vida digna y dependientes completamente de la ayuda internacional.

Referencias

- Álvarez, I., Ayala, E., Palacio, V., & Sartorious, N. (2015). *Siria: una posible salida al conflicto*. Madrid: Memorando Opex.
- Bagdonas, A. (2012). Russia's Interests in the Syrian Conflict: Power, Prestige, and Profit. *European Journal of Economic and Political Studies*, 55-77.
- Ersoy, E. (27 de diciembre de 2012). The Rivalry between Saudi Arabia and Iran in the Middle East. *The Journal of Turkish Weekly*. Recuperado de <http://www.turkishweekly.net/news/146072/the-rivalry-between-saudi-arabia-and-iran-in-the-middle-east.html>
- Ghotme, R. (enero-abril, 2014). El rol de las potencias en la guerra civil siria: hegemonía y contrahegemonía en la política mundial. *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, (118), 99-129.
- Ghotme, R., & Ripoll, A. (2014). Las relaciones internacionales de la Guerra civil siria: Estados Unidos y Rusia en la lucha por el poder internacional. *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, 9(2), 49-76.
- Ghotme, R., Garzón, I., & Cifuentes, P. A. (2015). Las relaciones internacionales de la guerra civil siria a partir de un enfoque regional: hegemonía y equilibrio en Medio Oriente. *Estudios políticos*, (46), 13-32.
- Gutiérrez, C. (enero, 2015). El conflicto en Siria a la luz del Derecho Internacional y la geopolítica. *Revista UNISCI*, (37), 99-131.
- International Commission on Intervention and State Sovereignty [ICISS]. (December, 2001). *The Responsibility to protect. Report of the International Commission on Intervention and State Sovereignty*. Recuperado de <http://responsibilitytoprotect.org/ICISS%20Report.pdf>
- Lastra, V. (2016). *La responsabilidad de proteger. Una evolución desde el conflicto de Libia al conflicto de Siria*. Granada: Universidad de Granada.

- Paul, T. (2004). Introduction: The Enduring Axioms of Balance of Power Theory and Their Contemporary Relevance. In T.V. Paul, J. Wirtz and M. Fortmann (Eds.), *Balance of power : theory and practice in the 21st century* (pp. 5 - 29). Stanford, CA: Stanford University Press.
- Pérez, M. J. (2016). La política exterior rusa en Medio Oriente. *Revista UNISCI*, (41), 139-162.
- Shmite, S., Pérez, G., & Nin, M. C. (2017). Siria: encrucijada territorial de actores geopolíticos regionales y globales. *Huellas*, 21(1), 95-114.
- Sibai, S. (junio-septiembre, 2013). La revuelta siria y sus retos para los discursos de seguridad actuales. *Relaciones Internacionales*, (23), 149-154.
- “Syria opposition opens...”. (28 de marzo de 2013). Syria opposition opens embassy in Qatar. Al-Jazeera. Recuperado de <https://www.aljazeera.com/news/middleeast/2013/03/201332801947829802.html>
- Swaine, J., & Blair, D. (27 de septiembre de 2013). Syria crisis: Russia may use veto to thwart UN actions against Assad. Obtenido de The Telegraph: <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/middleeast/syria/10340915/Syria-crisis-Russia-may-use-veto-to-thwart-UN-action-against-Assad.html>
- Tovar, J. (octubre, 2014). ¿Una estrategia coherente para una región en cambio? La política exterior de la administración Obama y la primavera árabe. *UNISCI Discussion Papers*, (36), 29-50.
- United Nations Refugee Agency [UNHCR]. (2017). *Statistical yearbooks*. Recuperado de <http://www.unhcr.org/statistical-yearbooks.html>
- Waltz, K. (Summer, 2000). Structural Realism after the Cold War. *International Security*, 25(1), 5-41.
- Wong, N. (25 de julio de 2012). China’s veto on Syria: what interests are at play?. *Open Democracy*. Recuperado de <https://www.opendemocracy.net/nicholas-wong/china%E2%80%99s-veto-on-syria-what-interests-are-at-play> .